

NUEVO EXAMEN A LA INCLINACIÓN O RECHAZO DE ALEMANIA POR PÍO BAROJA

Miguel Ángel García de Juan
Investigador independiente

RESUMEN

En la formación científica y aficiones culturales de Pío Baroja se hallaron muy presentes los pensadores e investigadores alemanes. Por tanto, nació en él una fuerte inclinación hacia lo germano, a excepción de su política imperialista y militar. Durante la Guerra Europea, Baroja se mantuvo coherente con su trayectoria de reconocimiento de la ciencia y la cultura alemanas frente a la, en su opinión, decadente Francia en tales dominios. Esto le originó ser calificado por los francófilos o aliadófilos españoles de germanófilo sin matices. Llegada la Segunda Guerra Mundial, su crítica implacable a la Alemania militarista y totalitaria expresaba bien claro su pensamiento. Es decir, si se leen sus escritos de entonces, dos de los cuales se recuperan aquí por vez primera en un apéndice, no queda ninguna duda de su oposición a la furiosa beligerancia de la nación germana.

PALABRAS CLAVE: Pío Baroja, simpatía con Alemania, crítica de Francia, evolución de su pensamiento.

NEW EXAMINATION OF PÍO BAROJA'S INCLINATION FOR, OR REJECTION OF, GERMANY

ABSTRACT

German thinkers and researchers were very present in Pío Baroja's scientific training and cultural interests. Thus, a strong inclination towards Germanism arose in him, which excluded the imperialist and military policies of that nation. During the Great War, Baroja remained consistent with his recognition of German science and culture in the face of what he considered to be a decadent France regarding those areas. This led him to be labelled by Spanish Francophiles as an outright Germanophile. When the Second World War broke out, his implacable criticism of militaristic and totalitarian Germany exposed his thinking very clearly. That is to say, reading his writings from that period, two of which are recovered here for the first time and included in an appendix, there is no doubt of his opposition to the furious belligerence of the German nation.

KEYWORDS: Pío Baroja, sympathy with Germany, criticism of France, evolution of his thought.



1. INTRODUCCIÓN

En el examen de la temprana y posterior simpatía de Pío Baroja por la ciencia y la cultura alemanas, no por su expansionismo militar, seguiremos un orden cronológico: Baroja y su formación académica y personal; opiniones del escritor vasco en la Guerra Europea; y Pío Baroja antialemán en la Segunda Guerra Mundial.

La novedad de este trabajo, en el centésimo quincuagésimo aniversario del nacimiento del principal novelista de la llamada generación del 98, estriba en el análisis preciso de los testimonios del médico y escritor donostiarra, en la utilización de fuentes desconocidas hasta nuestros días y en la recuperación de dos significativos textos de su autoría, causantes de la presente investigación, los cuales se reproducen aquí a modo de apéndice, con el fin de destacarlos.

2. APRECIO DE LA CULTURA Y CIENCIA ALEMANAS DESDE SUS PRIMEROS AÑOS POR ENCIMA DE LAS FRANCESAS

El 10 de noviembre de 1898 se firmaba en la capital de Francia el Tratado de París por el que España perdía los últimos territorios de ultramar. El año siguiente Pío Baroja visitaba esta ciudad por vez primera y observaba que los hispanos llegados allí mostraban una veneración por el país galo semejante al menosprecio que sentían por España, de tal manera que preferían utilizar el término Latinoamérica frente al de Hispanoamérica. Así colocaban a Francia en el centro de su cultura y evitaban cualquier eco lingüístico que evocara a España, o sea, lo hispánico. Además, Baroja advirtió que la jactancia de los franceses llegaba al *súmmum* de menospreciar a los inmigrados de allende el Océano, pues los consideraban ciudadanos de segunda clase (Eymar 2016: 103) igualmente que a los españoles.

Esto decía Pío Baroja en su primera colaboración enviada desde París a *La Voz de Guipúzcoa* el primero de julio de 1899:

A pesar de todo, [...] en París se nos respeta, no por honrados y trabajadores sino por muy peligrosos. Si algo teme el *voyou* parisién es la navaja del español o el puñal del italiano.

En París se cree todavía que en España vivimos a navajazos y que nuestras costumbres son de una brutalidad sin ejemplo al lado de las suyas, apacibles y angelicales.

Y el mes siguiente, en «Desde París (IV)»:

Un país como Francia [...] en donde no hay iniciativas industriales ni comerciales, un país así, teniendo al lado un enemigo como Alemania, la nación actualmente más fuerte y más próspera del mundo, está expuesto a ser devorado a cada instante. En cambio, buscando la alianza con Alemania, la vida de Francia sería más tranquila y dichosa.



Ojalá tuviéramos en España tan próximo el elemento sajón para que fuera infundiendo en nuestra vida su ciencia y sus costumbres, sus hábitos de trabajo y sus iniciativas industriales (Baroja 1999b: 873)¹.

Tal criterio sobre Francia lo seguiría manteniendo en años sucesivos. Así, al publicar «Madrid y París» en *Las Noticias* el 9 de mayo de 1901, se podía leer: «Francia, un pueblo ilustre y civilizador, pero que va en decadencia de un modo muy rápido [...]. Francia decae, es indudable; el rojo del crepúsculo la ilumina; París ya no es la capital del mundo. Los prusianos, que arrancaron a París y a Francia la hegemonía militar, le arrancaron también la preeminencia científica y artística» (Baroja 1999b: 956).

Esta poca simpatía hacia Francia venía además alimentada por la influencia en estos años de juventud de la filosofía, la ciencia y la cultura musical germanas. Con todo, hay que reconocer que, en lo tocante a la literatura, los escritores más leídos por él fueron los ingleses, los rusos y, en primer término, los franceses. Refiriéndose a 1887, decía en *Familia, infancia y juventud* que de sus visitas a las librerías en quinto de bachillerato «siempre volvía a casa con novelas de Alejandro Dumas (padre), de Víctor Hugo, de Eugenio Sue, mezcladas con obras de Zola, Daudet, etc.» (Baroja 1982b: 199)². Y en lo que atañía a la pintura, le atraían los impresionistas galos: «De los pintores franceses modernos, los que más me gustan son Degas y Manet, sobre todo Degas, y de los paisajistas e impresionistas Sisley [...] y Toulouse-Lautrec» (1982d: 167).

Pero en lo correspondiente al campo del pensamiento dejó escrito:

El deseo de conocer el mundo filosófico me [lo] produjo, siendo estudiante, la lectura del libro *Patología*, del doctor Letamendi. Con este objeto compré, en una edición económica que dirigía Zozaya, los libros de Kant, Fichte y Schopenhauer. Leí primero *La ciencia del conocimiento*, de Fichte, y no entendí nada. [...] El leer [más tarde] *Parerga y Paralipomena* me reconcilió con la filosofía. Después, compré en, francés, *La crítica de la razón pura*, *El mundo como voluntad y como representación* y algunas otras obras. [...]

Años después de mi iniciación filosófica, comencé a leer las obras de Nietzsche, que me hicieron un gran efecto (Baroja 1985: 83)³.

A pesar de su declarada simpatía por Schopenhauer, fue el filósofo de Röcken el que le sugirió en 1899 el artículo titulado «Nietzsche y la filosofía», publi-

¹ Desde este momento puede responderse a la pregunta de si la germanofilia científica y cultural de Pío Baroja y su crítica de Francia surgieron al desencadenarse la Guerra Europea o provenían de mucho tiempo antes y habían arraigado con fuerza en su personalidad. De los reproches a Baroja de galofobia, judeofobia, germanofilia y misoginia trata el artículo de Paola del Zoppo «Andata e ritorno. Le posizioni di Pío Baroja in relazione alla cultura tedesca» (2018: 261-286).

² A la lectura de Baroja de autores franceses dedica José Corrales Egea bastantes páginas (1969: 161 y ss.).

³ Sobre la misma cuestión, pueden leerse Baroja (1997b: 122) y Baroja (1982b: 256).



cado el 15 de febrero en *Revista Nueva*. El interés por este filólogo y pensador se vio acrecentado al encontrarse con el ciudadano suizo Paul Schmitz, con el que entabló una estrecha amistad. Schmitz había llegado a Madrid en 1900, donde permaneció tres años, y era un gran conocedor del intelectual germano sobre el cual le abrió los ojos a Pío Baroja. Tras una breve iniciación, este escribió para *El Imparcial* dos artículos que se publicaron bajo los títulos de «Nietzsche íntimo (I)» y «Nietzsche íntimo (II)», los días 9 de septiembre y 7 de octubre de 1901.

Así recordaba Baroja a su amigo helvético en *Juventud, egolatría*:

Amistad para mí muy fecunda fue la de Paul Schmitz, que vino a Madrid a restablecerse de una enfermedad de pecho y pasó tres años entre nosotros. Schmitz había estudiado en Suiza y en Alemania y había vivido mucho tiempo en el norte de Rusia. Tenía conocimiento de los dos países, para mí, entonces, más interesantes de Europa. [...]

Schmitz fue para mí una ventana a un mundo no conocido. Tuve con él largas conversaciones acerca de la vida, de la literatura, de la filosofía, del arte (Baroja 1985: 127).

En *Final del siglo XIX y principios del XX*, se detiene también en su amigo Paul Schmitz, del que añade, entre otros detalles, que hizo con él viajes a Toledo, a El Paular y a las fuentes del Urbión (Baroja 1982d: 191-196)⁴. Nos hemos detenido en la persona de Paul Schmitz por dos motivos: primero, por la inoculación en él del interés por Friedrich Nietzsche; segundo, porque ecos de la amistad entre el español y el suizo resuenan en la contestación caída en la desmemoria a *La Liberté* que recuperamos en el apéndice del presente trabajo.

Desde el punto de vista científico, el futuro no solo licenciado sino, también, doctor en Medicina declaró numerosas veces su admiración por los investigadores alemanes Planck y Einstein. En su artículo «Las promesas de Oriente» de *El Norte de Castilla*, del 6 de febrero de 1938, se manifestaba así: «Planck [es] el físico más célebre de nuestra época, el autor de la teoría de los quanta», y en su libro de memorias *La intuición y el estilo* afirmaba que la primera teoría del citado científico «expuesta en su tesis de doctorado [...] fue ensanchándose y llegó a ser algo que revolucionó la física» (Baroja 1983b: 72). En 1950 rehízo el capítulo VIII de este libro para publicarlo el 10 de febrero en el periódico *El Pueblo Gallego* con el título «Einstein y el átomo», al que encabezó con estos párrafos:

Figura extraordinaria de la vida moderna es Albert Einstein.

⁴ Acerca de Paul Schmitz, Baroja recogió en el libro anterior de memorias, *El escritor según él y según los críticos*, algunas líneas que le había dedicado Helmut Demuth, licenciado en Filosofía por la universidad de Bonn (Baroja 1982c: 273-274). Aun reconociendo la gran influencia de Nietzsche en Baroja, como señala Gonzalo Sobejano (1984), coincidimos más con Ignacio Elizalde (1990: 49-56) y con Félix Bello Vázquez (1993) en cuanto a que quien se mantuvo siempre presente en el pensamiento de Baroja fue A. Schopenhauer. Por su parte, Saz Parkinson (2012), discípulo de Sobejano, sostiene que en el ensayista late más la figura de Nietzsche y en el novelista la del filósofo de Danzig.



¡Qué tipo! Habla Séneca de hombres que son como niños que quieren saltar por encima de su sombra. Einstein ha saltado por encima de la ciencia y ha sido como el niño que salta por encima de su sombra.

El proceso de Einstein ha debido de ser igual al de todos los descubrimientos. Veía con vaguedad algo que los demás no vieron. Fue a ello con energía, y lo aclaró⁵.

He aquí un testimonio más de su convencimiento de que la ciencia alemana había llegado a eclipsar la de los demás países, incluida Francia.

A este respecto, copiamos unas palabras del catedrático de Física José Manuel Sánchez Ron extraídas de su libro *El poder de la Ciencia*: «Francia disfrutó de una preeminencia científica entre, aproximadamente, 1750 y 1840. [...] A partir de entonces, pasó a perder su posición de privilegio»; a lo que añade: «No hace falta ser un experto en historia de la ciencia contemporánea para saber que la ciencia alemana de finales del siglo XIX y primer tercio del XX ocupó una situación de liderazgo mundial» (Sánchez Ron 1992: 22-23 y 28). Este mismo profesor señala en un libro posterior que Einstein mostraba con frecuencia sus preferencias filosóficas al citar a Kant y Schopenhauer, ambos pensadores, lo recordamos, preferidos por Baroja. Para seguir con las coincidencias entre el científico alemán y el doctor en Medicina y escritor español, en cuanto a la música, dice Sánchez Ron: «Amaba con pasión a Bach y Mozart, mientras que a Beethoven le admiraba». Del mismo modo admiraba a Schubert, a Schumann y a Wagner, aunque a este último le ponía algún reparo (Sánchez Ron 2000: 39-40).

Pues bien, si se atiende a los músicos más estimados por Pío Baroja, se comprobará que igualmente fueron los alemanes «lo más universal en música, [...] sobre todo Mozart y Beethoven» (Baroja 1985: 34). De nuevo cita a estos y, en menor medida, a Wagner en su discurso de entrada en la Real Academia Española «La formación psicológica de un escritor» y lo reafirmó en su libro de memorias *La intuición y el estilo*: «Siempre hay un tanto de inseguridad en la calificación de la palabra genio. Quizá en la música estaríamos bastante conformes y, si hubiera que citar veinte genios de este arte, coincidiríamos casi todos por lo menos en diez o doce, que serían, por ejemplo, Bach, Hendel, Glück, Mozart, Beethoven, Schumann, Pajsiello, Cimarosa, etc.» (Baroja 1983b: 129)⁶.

⁵ Josefina Carabias cuenta en *Como yo los he visto* que en un homenaje a Baroja ella estaba sentada al lado del doctor Marañón y este le comentó: «Baroja es el hombre de letras que más amor y más entusiasmo siente por la ciencia. Lo que ocurrió fue que en su tiempo de estudiante no había maestros de talla suficiente para hacerle ver las cosas con claridad. Salvo excepciones, todo era rutina». Según don Gregorio, hubiera sido un gran investigador médico, más que clínico. La periodista le contó después a Pío Baroja lo que le había manifestado aquel, lo cual confirmó don Pío con estas palabras: «A mí me hubiera gustado ser un buen científico. Creo que la ciencia es lo único que avanza realmente en el mundo. Todo lo demás está en una decadencia espantosa» (Carabias 1998: 53 y 54).

⁶ Acerca del interés de Pío Baroja por Italia, los italianos y su cultura, véase Fiordaliso (2019: 274-275).



Cabe preguntarse de nuevo si la atracción por lo alemán y la desatención y hasta crítica de muchas particularidades de lo francés brotaron al desencadenarse la guerra de 1914 o habían surgido en su adolescencia y juventud.

Pero sigamos. Entre finales de diciembre de 1902 y el 26 de enero de 1903 Pío Baroja fue destacado con su hermano Ricardo a Tánger como corresponsal de *El Globo* para cubrir durante un breve tiempo la guerra civil desatada entre el Rogui bu Hamara y el sultán Abd-el Aziz. El joven Pío, vuelto a España, siguió pendiente de lo que sucedía allí y decidió escribir una novela que se editó en 1906 con el título de *Paradox, rey*. Aunque en la crítica literaria no procede identificar al narrador con el autor, lo cierto es que la cuarta parte representa una acometida contra el despiadado colonialismo francés en el norte de África. Así, recordando el ataque a Figuig del 8 de junio de 1903, se lee:

Está anocheciendo. Bu Tata entera arde por los cuatro costados. Los cañones franceses han lanzado una lluvia de granadas de molinita, que han incendiado casas, chozas y almacenes. Todo. A media tarde, dos batallones de dahomeyanos y uno de tropas indisciplinarias se han acercado al pueblo, han colocado las ametralladoras a su entrada y han acabado con lo que quedaba.

Como si hubiera habido un terremoto, Bu-Tata se ha desmoronado; los tejados se han hundido; las paredes se han ido cayendo, cerrando las callejas con sus escombros. En la escuela, que por una casualidad no se ha venido abajo, está reunido el Estado Mayor francés, y sobre el tejado de este edificio, ondea la bandera tricolor (Baroja 1973: 304)⁷.

Tres años después de la aparición de la citada novela sucedieron en España unos hechos de notoria repercusión en el país y gran resonancia en el extranjero, singularmente en Francia. Uno de esos acontecimientos fue la llamada «Semana Trágica» de Cataluña entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1909. El gobierno consideró que uno de los principales instigadores había sido Francisco Ferrer Guardia, el cual fue detenido y, luego, ejecutado en Barcelona el 13 de octubre. Tanto los sucesos de Cataluña como el fusilamiento de Ferrer, que provocaría la caída del Gobierno el día 22, produjeron un gran eco al norte de los Pirineos, donde, por otra parte, había un ambiente de enfrentamiento con España causado por los deseos de expansionismo galo en África. La actitud de determinados políticos franceses y de una parte de la prensa del país vecino provocó una reacción de muchos españo-

⁷ Estas líneas pueden compararse con las que ofrecía *El Imparcial* el día 9 de junio bajo el rótulo «La cuestión del Figuig»: «Los representantes de la civilización no tuvieron baja alguna. Bien es verdad que los árabes, cuya única defensa consiste en paredones construidos con adobes, no pudieron contestar al fuego de la modernísima artillería francesa, porque carecía de cañones. Figuig es un montón de escombros. Sus habitantes habrán de mudarse a los suaves argumentos empleados por Francia, para imponerles su autoridad. Pasado algún tiempo se enterarán de que entre los pueblos civilizados hay leyes que sólo son preceptivas para los débiles. Podrán entonces discurrir acerca de las ventajas del progreso moderno». Información de la acción colonialista francesa en Figuig puede leerse en Pastor Garrigues (2005: 1339-1350).



les, intelectuales o no. Concretamente, los medios franceses dedicaron a Francisco Ferrer Guardia, apasionado defensor de la escuela laica, o sea la oficial francesa, las primeras páginas de los días siguientes a su ajusticiamiento. En ellas podía leerse un amplio despliegue del efecto en el vecino del Norte⁸.

Los periódicos españoles se dividieron en críticos con los franceses que vituperaban a España y en simpatizantes con los que la atacaban. Ejemplo de los primeros fue *La Época* del 15 de octubre en su página segunda, y de los segundos, *El Liberal*, en la portada. Pues bien, la aludida actitud adversa a la política española no pudo dejar indiferente a Pío Baroja, por lo que seguiría alimentando en su interior la animadversión hacia Francia. Con todo, no encontramos escritos suyos en la prensa española a este respecto porque se hallaba en vísperas de su ingreso en el Partido Republicano Radical y, además, ocupado en presentarse a concejal en Madrid el 12 de diciembre de 1909. Dejaría dicho partido político en agosto de 1911⁹. Antes de este mes pero del mismo año, Pío Baroja se encontraba en París. Muy poco después de su estancia allí, las tropas francesas del general Moinier entraban el 21 de mayo en la capital religiosa del imperio jerifeño, o sea, en Fez. En la principal ciudad de Francia pudo conocer el evidente propósito expansionista de los políticos colonialistas de la República y comenzó a escribir artículos contra él. Lo que es lo mismo, adversos a los propósitos de Francia de conquistar la mayor extensión posible de Marruecos.

Es cierto que otras potencias como Francia y Alemania, y, a mayor distancia, el Reino Unido, ejercieron un contrapeso, pero Baroja centró sus críticas en las aspiraciones francesas contrarias y desdeñosas con el país vecino del sur. Durante tres años escribió en *El Imparcial* artículos de censura contra aquellos y, en menor medida, de confirmación de sus preferencias por la ciencia y la cultura alemanas.

No nos detenemos en las aludidas colaboraciones en el nombrado diario, porque fueron examinadas con detalle por el autor de la presente investigación en un artículo fechado en 1913, pero publicado dos años más tarde (García de Juan 2015: 399-422). En el aludido trabajo quedó por descubrir en ese periódico el artículo del escritor vasco del 23 de octubre de 1911 «La cuestión de Marruecos (por uno de la calle)», el cual fue recuperado también por quien suscribe estas páginas en 2014. Decía allí Baroja, a propósito de las negociaciones que se estaban llevando a cabo entre Francia, España, Alemania y Reino Unido en el otoño de ese año: «Francia,

⁸ A modo de ejemplo pueden leerse *Journal des Débats Politiques et Littéraires* del 15 de octubre, pp. 1 y 2; *Le Petit Parisien* de ese mismo día, pp. 1 y 3; o *La Dépêche Algérienne*, también de esa jornada, pp. 1 y 2.

⁹ Meses antes de este abandono, el diario *El País* del 2 de abril de ese año de 1911 estampaba, en su página tercera, un escrito del novelista vasco bajo el título «La opinión de Baroja. Para una alusión». En él declaraba: «Si antes de la sentencia [de muerte de Ferrer] hubiera sabido que alguien firmaba una protesta o proyectaba una manifestación, la hubiera firmado o hubiera ido a ella, no por ser Ferrer, sino por tratarse de la vida de un hombre», y añadía que su opinión era que este no había tenido ninguna participación en los sucesos de Barcelona o casi ninguna. A lo que agregaba: «Creo que han pedido la rehabilitación de Ferrer, en parte por sentimientos de justicia, pero, en parte también, porque tienen la idea de que los españoles somos unos bandidos petulantes y de que es conveniente que el Estado español comience a desmoronarse» (Baroja 2014: 162 y 163).



que no ha comprendido nunca a España, que no comprende ahora su situación, la va a tratar posiblemente como a una rival odiada, hiriéndola inútilmente» (Baroja 2014: 168).

En otra colaboración en el mismo periódico, dos años y medio después, el 13 de mayo de 1913, igualmente olvidada hasta 2014 «Las alianzas. La cuestión espiritual», manifestaba:

¿Qué importancia en el terreno espiritual va a dar Francia a España? Muy poca. [...] Dejando sólo la influencia alemana, ¿podríamos nosotros adoptarla? No lo sé; indudablemente, de poder aceptarla, sería mucho más renovadora, mucho más revolucionaria que las influencias unidas de Francia e Inglaterra. Algunos reaccionarios españoles son partidarios de una alianza política con Alemania por el aspecto teatral del emperador Guillermo y por creer que esta alianza nos haría conservadores e imperialistas. Creo que, a la larga, la influencia alemana en España no sería muy del gusto de los reaccionarios (Baroja 2014: 173-178).

La explicitud de Baroja demostraba que de su simpatía por lo alemán quedaba excluido lo político imperialista, tal como venía manteniendo desde tiempos de su formación científica de médico, aunque, a partir de un año más tarde, 1914, le costara la calificación de germanófilo sin matices, sobrenombre o mote cargado de connotaciones negativas para quien lo pronunciaba o escribía.

Pues bien, con esta mentalidad visitó por quinta vez París en el otoño del citado 1913 (Baroja 1983a: 133 y ss.).

3. MANTENIMIENTO DE SU PREFERENCIA POR LA ALEMANIA CULTURAL Y CIENTÍFICA FRENTE A LO FRANCÉS EN LA GUERRA EUROPEA

El 25 de julio de 1914 comenzaba en Europa una guerra internacional que duraría más de cuatro años.

Muy pronto, como señala Andreu Navarra Ordoño, se provocaría desde el campo aliadófilo la significación de los demás ciudadanos para que se supiera hacia qué bando contendiente se inclinaban o si se mantenían al margen de uno y otro lado (Navarra Ordoño 2014: 64)¹⁰. En efecto, la revista proaliada *España* publicaría en la página sexta del 9 de julio de 1915 un «Manifiesto de los intelectuales españoles» a favor de Francia y sus coligados, rubricado por un considerable número de adheridos, el cual seguiría creciendo en sucesivas ediciones. Pues bien, Baroja, aun siendo redactor del semanario, no lo suscribió, y en el largo comentario que seguía a las firmas del citado día sobre las personas firmantes o ajenas a rubricarlo, el heb-

¹⁰ Bibliografía relevante respecto a aliadófilos y germanófilos en España durante la guerra se halla en Acosta López (2017).

domadario declaraba: «Falta Pío Baroja, cuya ausencia sentimos vivamente». Como reacción a dicho manifiesto, los partidarios de los imperios centrales sacaron a la luz en *La Tribuna* del 18 de diciembre una declaración a favor de estos e, igualmente, el escritor vasco se abstuvo de rubricarlo.

En este enrarecido ambiente comenzó a publicar Pío Baroja artículos sin someterse a ninguna presión y manteniendo su trayectoria de reconocimiento de los méritos de la cultura y ciencia germánicas, es decir, manifestando una postura neutral, o sea, «la opción mayoritaria de las clases medias españolas» (Navarra Ordoño, 2014: 32).

Su primera colaboración sobre la cuestión aliadófila y germanófila apareció en *El Imparcial* del 9 de octubre de 1914 bajo el, un tanto provocador, título: «De un germanófilo a un suizo alemán». Se trataba de un escrito a modo de carta, en la que no se identificaba al emisor¹¹.

Pío Baroja pasó de este periódico a la nombrada revista aliadófila *España*, cuyo primer número se publicó el 29 de enero de 1915, llevado allí por su director José Ortega y Gasset. Al llegar a dirigir el semanario en 1916 el socialista Luis Araquistain, el escritor vasco se trasladó, probablemente por influencia de Azorín, a colaborar un tiempo en *ABC*. Pero el cierre de sus artículos sobre las simpatías de unos u otros en la nación española con los aliados o los imperios centrales, lo llevó a cabo en *El Día*, el 3 de noviembre de 1918, poco antes de concluir la Guerra Europea. En él apareció su escrito «Los mitos de los aliadófilos. Notas para un ensayo de pirronismo sobre las ideas actuales».

El autor del presente trabajo publicó en el número 154 de *Revista de Literatura* (2015), al que se ha aludido anteriormente, un detallado examen, al cual remitimos al lector interesado, de todas las colaboraciones de Pío Baroja sobre la inclinación de parte de los españoles hacia uno u otro bando. Resumimos aquí los principales puntos: ratificación de su estima de la cultura y ciencia alemanas; crítica del comportamiento militar de los contendientes; rechazo de los mitos creados por estos y sus simpatizantes para justificar la conducta de los combatientes; deseo de que Alemania pudiera acabar con la religión católica y sus propagadores, así como con el judaísmo; diferenciación entre germanófilos incondicionales y su aprecio de la Alemania no militarista ni imperialista; aspiración a que se alcanzara la paz cuanto antes (García de Juan 2015). En el citado trabajo, al buscar los artículos de la prensa relacionados con las opiniones de Pío Baroja sobre los inclinados hacia los aliados o hacia las naciones centrales, se nos ocultó «La Polonia trágica», publicado en la primera página de *El Imparcial* del día 13 de enero de 1915 (la fecha tiene su importancia, pues está muy próxima al comienzo de la guerra). El escrito de Baroja, recuperado por vez primera por nosotros mismos en 2022¹², llamaba a

¹¹ En opinión de Díaz Plaja, Baroja era plenamente consciente de lo que decía y hacía: «Si alguna vez se dio cuenta de lo extraño que resultaba que un liberal, un laico, un casi anarquista, estuviera rodeado de compañeros de viaje tan distantes en sus ideas fue el mismo Baroja. Y lo prueba el intento de explicar su actitud en numerosas ocasiones y de numerosas formas» (1973: 45).

¹² García de Juan (2022: 36-38).



socorrer a Polonia del mismo modo que los aliados, en concreto Francia, dirigían sus esfuerzos al auxilio de Bélgica. Además de resaltar esta parte de su contenido, lo que interesa aquí, en función del propósito de la presente investigación, son los dos primeros párrafos:

Para muchas personas, esta división de germanófilos y francófilos supone dos polos de pensamiento, y en cada polo una serie de cosas enlazadas como en un credo, de una manera necesaria. Germanófilo es sinónimo de conservador, militarista, simpatizador de la tradición religiosa; francófilo, por el contrario, indica radicalismo, antimilitarismo, libre pensamiento.

Yo me siento germanófilo (*sin tener deseo ninguno de que venzan los alemanes en la guerra*)¹³, precisamente porque creo que para España el triunfo de las ideas alemanas sería lo más renovador, lo más revolucionario, lo más anticatólico, lo más antilatino.

Aún faltaba tiempo para que terminara la guerra el 14 de noviembre de 1918, cuando Pío Baroja publicó su libro *Las horas solitarias*, en el que, en el apartado «Xenofobia», exponía en un diálogo:

Pero usted, que es un hombre independiente, ¿cómo puede usted tener simpatía por la disciplina alemana?

Yo no tengo ninguna simpatía ni por la alemana ni por la francesa. En último término acepto, como más posible, la primera que la segunda, porque me parece más lógico que intenten conmigo la intimidación que la persuasión.

[...]

Para mí, el militarismo francés y el alemán son por el estilo. Yo siento por los dos el mismo asco; ahora el francés me parece aún más grotesco.

Respecto al militarismo alemán, al menos hay la esperanza de que, cuando caiga el Imperio con sus Hohenzollern, desaparecerá de allí la peste militar. Francia ya se sabe que con el Imperio, la República o la Monarquía será siempre un país militarista y patriotero.

[...]

Siento por los franceses, alemanes e ingleses cada vez menos simpatía y un deseo mayor de no enterarme de lo que hacen. Sobre todo, estos agentes franceses y alemanes que andan por España catequizando a unos y a otros, me son repulsivos. Comprendo que hacen una obra patriótica para su país, pero yo no quiero nada con espías, y menos con los que les secundan.

[...]

Algunos periódicos dicen estúpidamente que Francia está pagando con su heroísmo las locuras pasadas. Las locuras, sin duda, son haber echado los frailes y haber implantado el divorcio (Baroja 1982a: 78-80).

No le falta razón a Maximiliano Fuentes Codera cuando afirma en la revista *Ayer*: «Pío Baroja vivió en la guerra una suerte de contradicción permanente, ya que, a pesar de admirar la cultura y la ciencia alemanas, no quería ser solidario con los

¹³ La cursiva es nuestra.

legitimistas y ultraconservadores españoles, que rechazaban a Lutero, Kant, Schopenhauer y Nietzsche» (Fuentes Codera 2013: 77)¹⁴.

Baroja era una persona enormemente susceptible cuando se sentía aludido, aunque dijera de sí mismo lo contrario. Así, en *Juventud, egolatría* declaraba que eran otros los que comenzaban arremetiendo contra él y por ello les deseaba «el más incómodo de los catres en la más desagradable sala de tiñosos de cualquier hospital». Pues bien, su inalterable inclinación hacia la ciencia y cultura alemanas y su desafecto respecto a Francia tuvieron que ver probablemente también con la anti-patía que le venían originando incondicionales francómanos como Manuel Azaña, Gabriel Alomar o Luis Araquistain, los tres entonces miembros combativos de distintos partidos políticos¹⁵.

En cuanto a Azaña, nunca olvidaría ni le perdonaría una colaboración publicada con seudónimo en *La Correspondencia de España* el 11 de septiembre de 1911 en la que, respondiendo a los artículos de Baroja críticos con la acción de Francia en Marruecos, se burlaba de él diciendo que Baroja manejaba una «robusta pluma» que escribía con «gracioso desenfado» y se detenía en «amenidades». Además, Manuel Azaña, en su discurso en el Ateneo de Madrid el 25 de mayo de 1917 titulado «Los motivos de la germanofilia», loaba sin reservas a Francia y atacaba a todos los que no pensaran como él.

El enfrentamiento con Gabriel Alomar se había desencadenado cuando *El Poble Catalá*, en el que este colaboraba asiduamente, había publicado en la primera página del 21 de diciembre de 1909, poco después de que Baroja ingresara en el Partido Republicano Radical, el escrito sin firma «Comentaris les paradoxes den Baroja». El aludido respondió en *El País* del 25 con «Los argonautas», donde reprochaba a varios escritores catalanes que criticaran a Castilla y encumbraran su tierra, pero acudían a Madrid con el fin de hacer carrera literaria. Uno de ellos era el escritor mallorquín, al que se refería en estos términos: «¿Y el ilustre Gabriel Alomar! ¿Hay nada más triste que presenciar los esfuerzos asmáticos de este hombre para parecer grande?». La mecha quedó encendida y, aunque distante en el tiempo, se comprobó que el encono había crecido de tal manera que, en la primera página del diario de Palma de Mallorca *La Tarde* del 10 de marzo de 1910, el largo artículo de Alomar «Nuestra espiritualidad y el espíritu de la raza» recriminaba a Baroja no haber defendido a Ferrer Guardia y no haberse sumado a las protestas dentro y fuera de España por su ejecución. Con todo, la explosión llegó después de que Pío Baroja pronunciara el 25 de ese mes en la Casa del Pueblo de la capital condal «Divagaciones acerca de Barcelona». Alomar reaccionó publicando en la portada del *Poble Catalá* del día 5

¹⁴ En este mismo número de *Ayer*, Santos Juliá califica a Pío Baroja de «germanófilo muy especial» (2013: 138).

¹⁵ El pensamiento de Baroja sobre ciertos miembros de partidos políticos en relación con la guerra quedó claro en *Las horas solitarias*. «Al principio leí algunos escritos [sobre la contienda] y me dio la impresión de que el momento actual es un momento de estupidez en el mundo, sin precedente. Cuando se dijo que Melquíades Álvarez y Vázquez de Mella habían apostado una cena a quien ganaba la guerra, me pareció una chabacanería de políticos españoles» (Baroja 1982a: 80).





de abril «L'intellectualitat catalana y l'esglesia lerrouxista», donde tachaba al disertador de «ignorante» y «curandero de la política». Calmada la refriega durante un tiempo y desencadenada la Guerra Europea, el escritor vasco firmaba en el *ABC* el 30 de noviembre de 1914 «Los germanófilos», en cuyo decimosexto párrafo decía que la misma retórica del partidario de Alemania Ricardo León era utilizada por Gabriel Alomar a fin de exaltar a Francia. El mallorquín no se mordió la lengua y escribió, bien que pasado un tiempo, en la primera página de *La Publicidad* del 12 de diciembre de 1916 «Una “izquierda” germanófila». Allí defendía su francofilia frente a la simpatía de otros con la Alemania científica y cultural y añadía que tal postura era una «boutade» de don Pío, pues en el Estado alemán no había diferencia entre aquello y lo militar, todo era «un país ejército». Como Baroja no se olvidaba de las arremetidas contra él, dos décadas más tarde firmaba en *La Nación*, de Buenos Aires, el 25 de abril de 1937, «La acrópolis y la ciudad baja», colaboración que comenzaba con esta andanada contra Alomar: «Hace unos años, un escritor mallorquín, Gabriel Alomar, en un periódico catalán [...] comparaba a Madrid con Barcelona y decía con énfasis: Madrid es villa, por tanto, los madrileños son villanos. Barcelona es ciudad, por tanto, los barceloneses son ciudadanos. [...] La pequeña estulticia agradaba seguramente a su público y el hueco escritor mallorquín se pavoneaba de su pobre invento»¹⁶.

Respecto a Araquistain exponía el también profrancés José Sánchez Rojas en «La fauna germanófila», artículo estampado en la página octava de la revista *Iberia* del 15 de diciembre de 1917, que el periodista y militante socialista cántabro había querido explicarse la inclinación de Baroja hacia Alemania y había razonado que era así porque el «folletinista misántropo» en sus «furores germanófilos» creía que los asaltos a su panadería no se producían en el país germano. Los ataques a don Pío de este partidario incondicional de Francia no cesarían. En efecto, después de que Baroja hubiera abandonado sus colaboraciones en la revista *España*, al llegar a la dirección en 1916 Luis Araquistain, este publicaba en *La Publicidad* del 17 de noviembre de ese año «Por la independencia de los escritores», donde decía: «Baroja es dueño de una panadería (¡!) que le rinde lo que la literatura le niega». Años más tarde, en «La crisis del humanismo» del 28 de febrero de 1920 de la citada revista *España*, página séptima, tildaba al escritor vasco de egoísta, arbitrario, anárquico y «superlativamente burgués».

Incansable en sus embestidas contra Baroja, suscribía en la primera página de *La Voz* del 20 de julio «¿Pío Baroja, sindicalista?», artículo irónico contra el escritor guipuzcoano en el que afirmaba que sus auténticas profesiones habían sido «la medicina y la industria» y que, como no había triunfado con la literatura, se había buscado un puesto en la política, donde también había fracasado. Días después, en «El elogio de la versatilidad», estampado en *La Voz* del 27 de julio del mismo año, le

¹⁶ El artículo de Alomar al que se refiere Baroja era «Sensaciones de Madrid», publicado a comienzos de 1909 en *La Campana de Gracia*.

consideraba «escritor de una mediana serie de novelas históricas»¹⁷. Todo este rosario de acometidas no le podían dejar indiferente, por lo que cabía esperar de él lo que escribió en un artículo redactado en Basilea para el *National Zeitung* de mediados de 1937: «Esta primavera pasada estaba yo acogido en el Colegio de España de París, que me daba un cuarto de estudiante; vivía pobremente. Pues bien, el señor embajador de España en la capital de Francia [Luis Araquistain], con trescientos o cuatrocientos mil francos de sueldo al año, pidió al director del Colegio de España que se me expulsara a mí. ¿Qué va a hacer gente que tiene un espíritu tan miserable y tan bajo?» (Baroja 1997a: 80).

Así pues, concluimos como comenzamos el examen de la relación entre los francómanos más que francófilos Azaña, Alomar y Araquistain. Era lógico que a Baroja le resultara imposible participar de las ideas del bando aliadófilo en el que militaban los citados y otros igualmente antipáticos para él: Blasco Ibáñez, Lerrox, Pere Coromines o Antoni Rovira i Virgili.

4. TERMINANTE RECHAZO DE LA ALEMANIA NACIONALSOCIALISTA

Nadie desconoce el aludido exilio voluntario de Pío Baroja en Francia durante la guerra civil española, prolongado un año más, después de acabar esta, hasta que amenazaba París el ejército alemán. Efectivamente, el escritor vasco volvería definitivamente a España el 23 o 24 de junio de 1940, pocos días antes de que las tropas germanas llegaran a ocupar la frontera en Hendaya.

Como podía aventurarse, al tratar don Pío del país que lo había acogido en el exilio, el juicio sobre sus estancias anteriores en él, si no cambió del todo, al menos se moderó mucho. Leamos las palabras que escribió en 1945 en el libro de memorias *Final del siglo XIX y principios del XX*:

Por entonces [1899] no conocí en París más que periodistas y pintores franceses, españoles e hispanoamericanos, y la gran ciudad me fue muy poco simpática. Luego, al cabo de cuarenta años, conocí a franceses de París que no eran escritores ni artistas, sino gente de la burguesía, y llegué a tener por ellos, no sólo simpatía sino cariño.

Pensando en mi estancia en la gran ciudad, comprendí después que no había perdido del todo el tiempo.

¹⁷ Aunque al analizar una obra de ficción no proceda identificar a los personajes ni al narrador con el escritor, traemos aquí parte de las palabras del librero Müller cuando habla con Escudero y Herculano en la novela de Araquistain *Las columnas de Hércules*: «Agregue usted esa indigencia de estilo de Baroja, que es el escritor más pobre y torpe literariamente de cuantos manipulan el castellano y convendrá conmigo en que se precisa una gran dosis de abnegación para leerle» (1921: 121-122).



Había aprendido y practicado algo esa filosofía que se adquiere mirando a un río por donde pasan barcos y gabarras y sentándose en los bancos del jardín público (Baroja 1982d: 183)¹⁸.

Y respecto a sus circunstancias en la capital de la República al terminar la guerra civil española y comenzar la Segunda Guerra Mundial escribió en *Aquí París* [1955]:

[No] sabía qué dirección tomar, lo cierto es que me hallaba en París, y que París se estaba poniendo como para no poder seguir en él.

La ciudad universitaria se despobló [...] y en la Casa de España quedamos ya muy pocas personas.

Yo escribí entonces uno o dos artículos sobre la política de Hitler en un periódico francés, e hice un informe (*rapport*) para la Sociedad de Naciones, que me pidieron, diciendo que la guerra sería una ruina para Europa. No era muy procedente el dar una opinión personal en aquel tiempo, pues podía significar comprometerse para el futuro, pero lo hice. Bastante más tarde me informaron de que todos aquellos informes que entonces se pidieron a algunos escritores los quemaron, al ver que los alemanes entraban en París¹⁹.

A continuación narraba don Pío su intento frustrado de viajar a Argentina, animado por el director de la Casa de España de París, «Santiago Establier» (Baroja 1998: 161 y ss.). El autor vasco transmutó el nombre de Ángel por el de Santiago.

Desencadenada la contienda en Europa firmaba en *La Nación*, de Buenos Aires, «Los sistemas totalitarios», el día 10 de marzo de 1940, artículo no conocido en España hasta 1999 (Baroja 1999a: 59-70)²⁰. El autor cuenta que hablando con «un señor español» le decía que había «cuatro tendencias totalitarias claras [...]: Primera, el nacionalismo católico de España o falangismo; segunda, el nacionalismo latino de Italia o fascismo; tercera, el nacionalismo alemán neopagano que se llama nacionalsocialismo; y cuarta, el nacionalismo comunista, que es el socialismo soviético. Las cuatro tienen un carácter sindical, social y totalitario». Después, Baroja va desarrollando cada uno de esos totalitarismos y, respecto al alemán, declara que Hitler opinaba que «el pueblo alemán es el elegido, si no de Dios, por las divinidades germánicas, y debe mandar en todo el mundo. [...] Nada es verdad o, si se quiere, no hay más verdad que la alemana. Se puede hacer todo lo que se quiera, asesinar a los enemigos, ordenar a las mujeres que tengan más hijos, no respetar la individua-

¹⁸ París no le satisfacía plenamente (Carabias 1998: 142). Por otro lado, la geografía parisiense que recorrió Baroja durante su exilio la registra Fuster García (2019: 100-117).

¹⁹ En efecto, los referidos informes no se han encontrado hasta el momento. A fragmentos de este libro autobiográfico presentes en la novela *El hotel del cisne* y *Los caprichos de la suerte* se refiere Fiordaliso (2020: 464).

²⁰ Pío Baroja a comienzos de 1940 no residía ya en el Colegio de España. Se había trasladado por medio de la redacción del citado periódico argentino a un hotel de la calle Clément Marot, n.º 18 (Sánchez-Ostiz 2021: 640).



lidad y la personalidad de los demás. Tener un fondo de justicia y de piedad, para ellos es practicar la moral de los esclavos» (Baroja, 1999a: 65-67)²¹. El día 13 de este mismo mes de marzo, es decir, tres jornadas después de la aparición de «Los sistemas totalitarios», el periódico vespertino parisiense *La Liberté*²² publicaba en su página quinta la respuesta de Pío Baroja a una encuesta y una adenda posterior del mismo escritor español. Por la gran relevancia de estos dos textos olvidados hasta hoy, los llevamos destacados al final, a un apéndice, si bien ahora resumimos su contenido²³.

Pío Baroja comienza recordando que, cuando era joven, se vivía en España una atracción por la filosofía y la música alemanas. Como en aquellos años había conocido a unos ciudadanos germanos normales, excepto un prusiano, tuvo trato con ellos y realizaron juntos varias excursiones. Uno de esos alemanes, al que no cita, era Paul Schmitz, buen conocedor de Nietzsche, del que, cuando hablaba, los otros alemanes no le prestaban atención. Esta relación hizo que en la Gran Guerra no tuviera una «hostilidad especial» hacia los alemanes. Acabada esa contienda, Paul Schmitz le invitó a Basilea y allí le desagradó la manera de ser y el comportamiento de aquellos. Después leyó en los periódicos (aún no habían entrado en Francia los soldados imperiales) la deplorable evolución de Alemania bajo la dirección de Hitler y se preguntó si habría sido siempre así o se había vuelto loca; en consecuencia, toda Europa debía unirse y combatirla.

Refiriéndose a Francia, evocaba cómo en sus primeras visitas a ese país conoció a gentes chovinistas que menospreciaban todo lo que no fuera propio de allí, y añadía que, terminada la guerra, se había hecho más humana y cordial.

La contestación a la encuesta de *La Liberté* la cerraba Baroja diciendo que la mayoría de los países de Europa deseaba el triunfo de Francia y del Reino Unido.

El escrito añadido a la aludida encuesta trataba de sus preferencias en el campo de la cultura: la literatura, la filosofía, el arte y la música. En política se declaraba individualista y liberal, opciones que, juntas, habían producido «una de las épocas más brillantes y admirables de la humanidad». En consecuencia, insistía

²¹ El artículo merece ser leído en su totalidad. Contra el contenido de este escrito de Baroja publicado en América protestó el diario falangista *Labor* el 7 de mayo, estampando en su página octava un suelto bajo el título «La chochez de don Pío». Según el breve texto del periódico soriano «el pobre don Pío demuestra una vez más no conocer el cristianismo y [...] demuestra poseer las más exiguas nociones del fascismo o de lo totalitario de los falangistas».

²² Este diario había nacido en 1831 y desaparecería en junio de 1940. Durante su existencia sufrió varias interrupciones, una de ellas, entre el 19 de mayo de 1939 y el 1 de marzo de 1940. El día siguiente volvió a salir a la luz. Su director Hector Ghilini firmaba en la primera página «Vive la Liberté!» y recordaba sus ciento diez años de existencia. El cuarto párrafo comenzaba diciendo «Dabord nous sommes antimarxistes et antihitleriens». En el número del 7 de abril de 1935, página cuarta, había aparecido una referencia a la fundación del periódico literario titulado *Le Rond-Point* y a que en el primer número colaboraba don Pío junto a François Mauriac, C.-F. Ramuz y Georges Pillement. Nuestra búsqueda de dicho número de la revista dirigida por Jean Loubes y Henri Philippon ha resultado infructuosa.

²³ La contestación en *La Liberté* la utilizaría el escritor español poniéndola, con modificaciones y de forma fragmentada, en boca de un anciano del «Palais Royal», en su novela *Los caprichos de la suerte* (2015: 144-146).



en declararse partidario del triunfo de los aliados y de que la victoria acabara para siempre con el totalitarismo cruel y sanguinario.

5. CONCLUSIÓN

Nadie duda de la inclinación de Pío Baroja hacia la ciencia y la cultura alemanas en su época de formación académica de licenciado y doctor en Medicina y de su desarrollo y maduración personales. Asimismo, es bien conocida su opinión acerca de una Francia superada, sobre todo en el campo científico, por los investigadores germanos. Tampoco en el terreno social y político ocultó sus reservas y sus críticas a la nación transpirenaica. Pero esto mismo lo llevó a cabo con igual o mayor crudeza respecto a la política alemana.

Así, cuando en 1911 aumentaron las tensiones entre Francia, España y Alemania, a propósito de los intereses de los tres países en el continente africano, Baroja publicó en *El Imparcial*, el último día de agosto, tras la llegada en julio de la armada alemana a Agadir «¿Con el latino o con el germano?». En este artículo rechazaba el militarismo y expansionismo franceses, pero también la actitud amenazante del país que había enviado un barco de guerra al citado puerto, pues el Kaiser representaba una política de baladronada, «de cuartel y de Cuerpo de Guardia».

Cuatro años después de comenzar la Gran Guerra decía el escritor español en su libro *Las horas solitarias*, 1918: «Yo no tengo ninguna simpatía ni por la [disciplina] alemana ni por la francesa. [...] Para mí el militarismo francés y el alemán son por el estilo».

Si Baroja mantuvo durante la citada contienda una actitud neutral, años después de su término notó, estando en Alemania, «la singular dureza de la gente», como dice en el primer texto de *La Liberté* que recuperamos aquí del olvido en forma de apéndice; opinión que, a buen seguro, contribuiría a su frontal oposición a la belicosa nación desencadenante de la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, pasados unos meses del comienzo de las hostilidades, publicaba el 26 de noviembre de 1939 en *La Nación* de Buenos Aires «La desconfianza en la lógica», donde se enfrentaba sin paliativos al canciller alemán y a su pueblo: «Habrà quien piense que Hitler se ha vuelto loco, [...] pero Hitler no es único que tiene poder en Alemania».

A poca distancia en el tiempo de estas palabras escribía para *La Liberté* las que reproducimos en el reiterado apéndice, las cuales iban en la misma dirección, pero con mayor énfasis, contra la beligerancia y el imperialismo germanos: «He llegado a pensar que: o Alemania ha sido siempre así, de una manera congénita, o ha evolucionado hacia una suerte de locura. Hoy es un pueblo monstruoso y todos los países de Europa deben agruparse para dominarla y aplicarle una camisa de fuerza».

Este juicio implacable contra el país germano belicista, expansionista, imperialista... lo mantendría y declararía no sin riesgo para su tranquilidad y su profesión en un país cuyo régimen había sido simpatizante con la Alemania nacionalsocialista. De este modo, escribía en la primera parte del volumen cuarto de sus «memorias» *Galería de tipos de la época*, 1947: «En el dominio de Hitler y de sus gentes se vio [...]



un pueblo que se lanza a dominar a los demás como una horda antigua»; además, Alemania había sido la principal causante de la «catástrofe» de la guerra. Asimismo, acusaba a Hitler en *Aquí París* (1955) de expansionista sin límites y de megalómano, a la vez que reprochaba a Europa no haberse dado cuenta de las enormes inversiones en armamento que estaba realizando en pocos años.

Los olvidados textos escritos en el periódico francés *La Liberté* que aquí se recuperan vienen a confirmar concluyentemente el radical antigermanismo de su autor referido al terreno político y militar.

Quienes sin conocer bien la vida y obra de Pío Baroja sigan motejándolo de germanófilo sin matices deberán informarse convenientemente, acudiendo para ello a la indispensable lectura del siguiente apéndice, que rescata de un periódico francés las palabras más duras escritas por él contra la Alemania guerrera e imperialista.

APÉNDICE

Primeras experiencias²⁴

En España, en tiempos de mi juventud se ensalzaba en gran medida a Alemania. Efectivamente, estábamos todos de acuerdo en reconocer que su música y su filosofía eran las primeras del mundo.

Yo mismo, durante la guerra de 1914, no experimentaba ninguna hostilidad especial hacia los alemanes. Sólo veía entonces que se trataba de una guerra más para extender la hegemonía en Europa. No encontraba motivo para odiar a Alemania.

Por otra parte, y desde un punto de vista personal, había conocido a muchos alemanes en España, que eran personas amables, simpáticas y razonables, y no manifestaban sentimientos distintos de los demás. Me acuerdo de un grupo pequeño de diez o doce alemanes que encontré al comenzar el siglo en un monasterio, el monasterio de El Paular, en los alrededores de Madrid. Eran todos jóvenes y casi todos electricistas, la mayoría de

²⁴ Transcribimos aquí los paratextos que encabezaban la respuesta de Pío Baroja en la quinta página de *La Liberté* del día 13 de marzo de 1940 (El responsable de todas las traducciones es el autor de la presente investigación). Este titular encabezaba la contestación: «La opinión del mundo entero sobre el conflicto actual: ¿Qué piensa usted sobre Francia y Alemania? El gran escritor español Pío Baroja responde a la encuesta internacional de *La Liberté*». Las extensas palabras de la redacción del periódico que encabezaban las de Baroja decían: «El señor Pío Baroja, novelista conocido y traducido en todo el mundo es una de la figuras más originales de España. Estudiante en Valencia, médico de pueblo, panadero en Madrid, periodista. Enriquecido por una gran experiencia humana, este vasco goza en su país de un prestigio comparable al de un Stendhal o un Baudelaire. Distante de los medios oficiales y de la política, quiere ser “él mismo”; individualismo, que una suerte de inquietud metafísica, le obliga a aislarse. No obstante, elige: reparte su vida entre Francia y España. De su obra magistral, formada por al menos cien volúmenes, citamos sólo una decena de ellos: *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; *La lucha por la vida* (sic); *La ciudad de la niebla*; *El tablado de Arlequín*, *El árbol de la ciencia*; *Memorias de un hombre de acción* (sic); *Las mascaradas sangrientas*; *Los caudillos de 1930*; *El sabor de la venganza*; *La senda dolorosa*».



Baviera y del sur. Apreciaban mucho la lectura. Unos leían a Carlyle, otros a Dickens, otros el Quijote. El único petulante y orgulloso era un muchacho rubio y chato. Un prusiano.

– ¿Es usted prusiano? –le pregunté.

– Sí, ¡gracias a Dios! –respondió muy serio.

Yo había ido al campo con un suizo de Basilea, un amigo periodista. Los jóvenes alemanes hablaban con él. Le llamaban «señor doctor» y tenían muchas consideraciones con él. Por aquél tiempo se debatía acerca de Nietzsche; al oír hablar de este, todos los jóvenes alemanes se sonreían como si tratara de alguna cosa rara y absurda que era innecesario considerar.

Un día se nos propuso subir juntos a Peñalara, que está muy cerca de El Paular y se eleva a 2300 o 2400 metros sobre al nivel del mar, con el fin de admirar allí la salida del sol. Tres o cuatro chicas nos acompañaron. Los alemanes se mostraron diligentes, despojaron a las jóvenes de los abrigo que las sofocaban durante el ascenso, y lo mismo hicieron con nosotros, que éramos mayores que ellos. Cuando llegamos a la cima de la montaña, levantaron una tienda de campaña, encendieron fuego y se comportaron continuamente con extrema amabilidad, lo que les ganó el aprecio de todos.

Pero pronto...

Algunos años después, una vez acabada la guerra, pasé varias semanas en Alemania y me chocó la singular dureza de la gente, la falta de dignidad de los empleados de hoteles, de oficinas y de ferrocarriles, los cuales pedían la propina de la manera más cínica.

Más tarde no he conocido alemanes. Con todo, he seguido en los periódicos la evolución de Alemania bajo el mando de Hitler y sus campañas de destrucción, de incendio, de asesinato y de robo, en Austria, en Checoslovaquia y en Polonia.

Un tipo de locura

¿Qué opinión puedo tener? He llegado a pensar que: o Alemania ha sido siempre así, de una manera congénita, o ha evolucionado hacia una suerte de locura. Hoy es un pueblo monstruoso y todos los países de Europa deben agruparse para dominarla y aplicarle una camisa de fuerza.

Mi opinión sobre Francia se ha formado a través de un proceso más bien inverso. La primera vez que vine a París, hace ya cuarenta años, conocí algunos franceses «chauvins» que menospreciaban todo lo extranjero, algunos partidarios de Dreyfus exagerados y dogmáticos y ciertos escritores decadentes que sólo pensaban en imitar a Baudelaire, Mallarmé u Óscar Wilde. Después de sucesivas visitas, he conocido gente más sencilla, más amable y más cordial.

Francia, a continuación de la guerra de 1914, perdió algo de su envaramiento y sintió más curiosidad por lo que la rodeaba. Se ha superhumanizado y ha adquirido una actitud más cordial con los otros pueblos. La mayoría de las naciones europeas, dejando a



un lado ciertos gobiernos que pueden tener razones de orden práctico para situarse contra ella, desea en su totalidad, fervorosamente, el triunfo de Francia e Inglaterra²⁵.

Soy un hombre sin ninguna vinculación política, aunque la soporta naturalmente como todo el mundo. ¡Fui educado en el siglo XIX! En él viví mi juventud, o sea, la parte más importante de mi existencia. ¡Me quedo con las ideas de mi tiempo, pues todo lo que ha aparecido en estos últimos cuarenta años en literatura, en filosofía, en arte o en música, no ha suscitado en mí ningún entusiasmo! ¿Es por la indiferencia de la edad? ¿O es que en la producción del siglo XX no me parece que haya sobresalido nada?

Me resulta difícil saberlo con certeza.

Esta forma de pensar hace suponer a los demás que soy un reaccionario más o menos disfrazado...

También en la literatura conservo durante mi edad madura, como en mi juventud, mi entusiasmo y devoción por los autores del siglo pasado: Balzac, Stendhal y Dostoyevski; en pintura, por Goya y los impresionistas franceses; en música, por Beethoven, Weber, Schubert y Schumann; y en filosofía y hombres de ciencia, por Kant, Stuart Mill, Darwin y Claude Bernard.

En política sólo comprendo el individualismo y el liberalismo. Estas dos concepciones juntas me parecen haber producido una de las épocas más brillantes y admirables de la humanidad.

Por tanto, no hay nada extraordinario en que ahora me declare un partidario acérrimo de Francia e Inglaterra. Quisiera que su triunfo fuera completo y que con él terminara para siempre la política totalitaria que conduce a los países de Europa a crueles y sanguinarias hordas.

¡En el momento en que se llega a sostener que hay una verdad singular alemana en física y en química se está al borde del abismo y de la estupidez!

RECIBIDO: noviembre de 2022; ACEPTADO: noviembre de 2023.

²⁵ Inmediatamente a continuación de esta contestación a la encuesta, Pío Baroja mandó a *La Liberté* otro texto que el periódico publicó en la misma página del anterior, encabezado por las líneas siguientes: «Después de esta declaración, el señor Pío Baroja, queriendo precisar aun más su pensamiento, nos ha enviado una página escrita en español de la que hemos hecho la siguiente traducción».



BIBLIOGRAFÍA

- ARAQUISTAIN, Luis (1921): *Las columnas de Hércules*, Madrid: Mundo Latino.
- ACOSTA LÓPEZ, Alejandro (2017): «Aliadófilos y germanófilos en el pensamiento español durante la Primera Guerra Mundial. Balance historiográfico de una guerra civil de palabras», *Studia Historica. Historia Contemporánea*: 339-367.
- BAROJA, Pío (1973 [1906]): *Paradox, rey*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1982a [1918]): *Las horas solitarias*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1982b [1944]): *Familia, infancia y juventud*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1982c [1944]): *El escritor según él y según los críticos*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1982d [1944]): *Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1983a [1947]): *Galería de tipos de la época*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1983b [1948]): *La intuición y el estilo*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1985 [1917]): *Juventud, egolatría*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1997a [1939]): *Ayer y hoy*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1997b): *Obras completas XIV. Ensayos II*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- BAROJA, Pío (1998 [1955]): *Aquí París*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1999a): *Desde el exilio. Los artículos inéditos publicados en La Nación de Buenos Aires (1936-1943)*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (1999b): *Obras completas XVI. Obra dispersa y epistolario*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- BAROJA, Pío (2014): *Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados*, Madrid: Caro Raggio.
- BAROJA, Pío (2015): *Los caprichos de la suerte*, Madrid: Alianza.
- BELLO VÁZQUEZ, Félix (1993): *Pío Baroja: El hombre y el filósofo*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- CARABIAS, Josefina (1998): *Como yo los he visto*, Madrid: El País-Aguilar.
- ELIZALDE, Ignacio (1990): «Baroja y su ideología filosófica», *Anuario de la Sociedad Española de Literatura Comparada*: 49-56.
- EYMAR, Carlos (2016): «Una mirada sobre el mundo hispanoamericano en París», *Cuadernos Hispanoamericanos* 751: 102-109.
- FIORDALISO, Giovanna (2019): «Pío Baroja en Italia. Una presencia discontinua y un complejo desafío», *Orillas. Rivista d'Ispanistica* 8: 273-285.
- FIORDALISO, Giovanna (2020): «Desterrado, exiliado o proscrito: la experiencia de Pío Baroja», *Orillas. Rivista d'Ispanistica* 9: 457-474.
- FUSTER GARCÍA, Francisco (2019): *Baroja en París*, Madrid: Marcial Pons.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel (2015): «Pío Baroja y su germanofilia en la conflictiva segunda década del siglo XX», *Revista de Literatura* 154: 399-422.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel (2022): *Investigaciones sobre Pío Baroja y Miguel de Unamuno (150 aniversario del nacimiento de Pío Baroja)*, Madrid: Lekla Ediciones.



- JULIÁ, Santos (2013): «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos, pasando por aliadófilos», *Ayer* 91: 121-144.
- NAVARRA ORDOÑO, Andreu (2014): *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid: Cátedra.
- PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel (2005): *España y la apertura de la cuestión marroquí (1897-1904)*, Valencia: Universidad de Valencia.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel (2021): *Pío Baroja, a escena. Una biografía a contrapelo*, Sevilla: Renacimiento.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (1992): *El poder de la ciencia*, Madrid: Alianza.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (2000): *El siglo de la ciencia*, Madrid: Taurus.
- SANTOS CODERA, Maximiliano (2013): «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer* 91: 63-99.
- SANZ PARKINSON, Carlos Alberto (2012): *Positivamente negativo. Pío Baroja ensayista*, Madrid: Universidad Complutense.
- SOBEJANO, Gonzalo (2004): *Nietzsche en España*, Madrid: Gredos.
- ZOPPO, Paola del (2018): «Andata e ritorno. Le posizioni di Pío Baroja in relazioni alla cultura tedesca», en Giovanna Fiordaliso e Luisa Selvaggini (eds.), *Sguardi sul Novecento. Intorno a Pío Baroja*, Pisa: ETS Edizini, 261-286.



